

PARTE SEGUNDA.



PRECEPTIVA ESPECIAL.



SECCIÓN PRIMERA.

DIDÁCTICA.

I.

OBRAS HISTÓRICAS.

D. ALFONSO X.

Descripción de los bienes que tiene España.

Pues esta España que deximos, tal es como el paraiso de Dios, ca riégase con cinco rios caudales, que son Duero ed, Ebro, é Tajo, é Guadalquivir é Guadiana; é cada uno de ellos tiene entre sí é el otro grandes montañas é tierras; é los valles é los llanos son grandes é anchos; é por la bondad de la tierra y el humor de los rios llevan muchos frutos é son abundados. Otro si en España la mayor parte se riega con arroyos é fuentes; é nunca la menguan pozos en cada lugar que los han menester. E otro sí España es bien abundada de mieses, é deleitosa de frutas, viciosa de pesca-

dos, sabrosa de leche é de todas las cosas que se de ella facen, é llena de venados, é de caza, cubierta de ganados, lozana de cavallos, provechosa de mulos é de mulas, é segura é abastada de castiellos; alegre por buenos vinos, folgada de abundamiento de pan, rica de metales, de plomo é de estaño, é de argen vivo, é de fierro é de arambre, é de plata, é de oro, é de piedras preciosas, é de toda manera de piedra mármol, é de sales de mar, é de salinas de tierra, é de sal en peñas, é de otros veneros muchos de azul y almagra, greda é alumbre, é otros muchos de quantos se fallan en otras tierras.

(Crónica general de España.)

FERNANDO DEL PULGAR

El marqués de Santillana.

Era hombre agudo é discreto, é de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni las pequeñas le placia entender. En la continencia de su persona é en razonar de fabla mostraba ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien, é nunca le oian decir palabra que no fuese notar, quien para doctrina; quien para placer. Era cortés é honrado de todos los que á él venian, especialmente de los hombres de ciencia. Como fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio la necesidad, que despierta el buen entendimiento, é el corazón grande, que no deja caer sus cosas, le ficiéron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por las armas, recobró todos

sus bienes. Era caballero esforzado, é ante de la hacienda cuerdo ó templado, é puesto en ella era ardid é osado; é ni su osadia era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamas punto de cobardía

(Claros varones de Castilla.)

D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA

Del libro 1.º

Habia en el reino de Granada costumbre antigua, como la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvaran y estuviesen seguros en lugares de señorío: cosa que mirada en común y por la haz, se juzgaba que daba causa á mas delitos, favor á los malhechores, impedimento á la justicia y desautoridad á los ministros della. Pareció, por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros estados, mandar que los señores no acojiesen gente de esta calidad en sus tierras, confiados que bastaba solo el nombre de justicia para castigallos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse á vida sosegada. También les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres dias; mas despues que les juntaron los refugios, perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse á vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltar caminos, robar y matar. Entró luego la duda, tras el inconveniente, sobre á qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdicciones; y no obstante que los generales acostumbraesen hacer estos castigos, como parte

del oficio de la guerra, cargaron, á color de ser negocio criminal, la relación apasionada ó libre de la ciudad, y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al Capitan General. Dióseles facultad para tomar á sueldo cierto número de gente, repartida pocos á pocos, á que usurpando el nombre, llamaban cuadrillas, ni bastante para asegurar, ni fuertes para resistir. Del desdén, de la flaqueza de provisión, de la poca experiencia de los ministros en cargo que participaba de guerra, nació el descaído, ó fuese negligencia ó voluntad de cada uno, que no acertase su émulo. En fin, fué causa de crecer estos salteadores (monfiés los llamaba la lengua morisca) en tanto número, que para oprimillos ó reprimillos no bastaban las unas ni las otras fuerzas. Esto fué el cimiento sobre que fundaron sus esperanzas los ánimos escandalizados y ofendidos, y estos hombres fueron el instrumento principal de la guerra.

(Guerra de Granada.)

P. JUAN DE MARIANA

Libro 9.º—Capítulo 16.

Cómo se ganó la ciudad de Toledo por Alfonso VI.

Los calores del verano comenzaban; por la cual causa y por el mucho trabajo y poco mantenimiento, como es ordinario, picaban enfermedades de que moría mucha gente. Estaban en este aprieto, cuando S. Isidro se apareció entre sueños á Ci-

priano Obispo de León, y con semblante ledo y grave y lleno de magestad le avisó no alzasen el cerco, que dentro de quince dias saldrían con la empresa, porque Dios tenía escogida aquella ciudad para que fuese asiento y silla de su gloria y de su servicio. Acudió el Obispo al Rey, dióle parte de aquella visión tan señalada, con que los soldados se animaron para pasar cualquier mengua y trabajo, por esperanzas tan ciertas que les daban de la victoria. Era así que los cercados padecían á la misma sazón mayor necesidad y falta de todo, tanto que se sustentaban de jumentos y otras cosas sucias por tener consumidas las vituallas; hallábanse finalmente en lo último de la miseria y necesidad: ellos flacos y cansados, los enemigos pujantes, que ni excusaban trabajo ni temían de ponerse á cualquier riesgo. Acordaron persuadir al Rey moro tratase de concertos. Apellidáronse los ciudadanos unos á otros y de tropel entraron por la casa Real y con grandes alaridos requieren al Rey moro ponga fin á trabajos y cuitas tan grandes, antes que todos juntos pereciesen y se consumiesen de pena, tristeza y necesidad. Alteróse el Rey moro con aquella demanda y vocería de los suyos; que más parecía motin y fuerza. Sosegóse empero, y hablóles en esta sustancia.

«Bueno es el nombre de la paz, sus frutos gustosos y saludables; pero advertid, so color de «paz no nos hagamos esclavos. A la paz acompañan «el reposo y la libertad: la servidumbre es el mayor «de los males, y que se debe rechazar con todo «cuidado con las armas y con la vida si fuere necesario. Gran mengua y muestra de flaqueza no «poder sufrir la necesidad y falta por un poco de

«tiempo. Mas fácil cosa es hallar quien se ofrezca
 «á la muerte y á perder la libertad que quien sufra
 «la hambre. Yo os aseguro que si os entreteneis
 «por pocos dias y no desmayais, que saldreis de
 «este aprieto; ca los enemigos forzosamente se
 «irán, pues padecen no menos necesidad que vos,
 «y por ella y otras incomodidades cada dia se les
 «desvandan los soldados y se les van. Además que
 «muy en breve nos acudirán socorros de los nues-
 «tros que cuidan grandemente de nuestro trabajo.»

No se quietaron los Moros con aquellas razones: el semblante no se conformaba con las esperanzas que daba. Parecía usarian de fuerza, y que todos juntos, si no otorgaba con ellos, irian á abrir al enemigo las puertas de la ciudad. Grande aprieto y congoja; por la cual forzado el Moro, vino en que se tratase de conciertos, como lo pedían sus vasallos. Salieron comisarios de la ciudad, que dado que afligidos y humildes, en presencia del Rey D. Alfonso le representaron sus quejas: acusáronle el juramento que les hizo, la palabra que les dió, la amistad que asentó con ellos y las buenas obras que en tiempo de su necesidad recibió de aquella ciudad y de sus moradores: después de esto le dijeron que, si bien entendian no era menor la falta que padecian en los reales que dentro de la ciudad, todavia vendrian en hacer algun concierto como fuese tolerable, hasta pagar las párias y tributo que se asentase. A esto respondió el Rey, que fué tiempo en que se pudiera tratar de medios: que al presente las cosas estaban en término que á menos de entregarle la ciudad no daría oídos á concierto ninguno. Sobre esto fueron y vinieron diversas veces, en que se gastaron algunos dias. La falta crecía en la ciudad y la hambre de cada dia era

mayor. Los nuestros estaban animados de antes, y de nuevo mas porque los enemigos fueron los primeros á tratar de concierto. Finalmente, los moros vinieron en rendir la ciudad con las condiciones siguientes: el alcázar, las puertas de la ciudad, las fuentes, la huerta del Rey (heredad muy fresca á la ribera del rio Tajo) se entreguen al Rey D. Alonso: el Rey moro se vaya libre á la ciudad de Valencia ó donde él más quisiere; la misma libertad tengan los moros que le quisieren acompañar, y lleven consigo sus haciendas y menaje: á los que se quedaren en la ciudad no les quiten sus haciendas y heredades, y la mezquita mayor quede en su poder para hacer en ella sus ceremonias: no les puedan poner más tributos de los que pagaban antes á sus Reyes: los jueces para que los gobiernen conforme á sus fueros y leyes, sean de su misma nación, y no de otra.

Hiciéronse los juramentos de la una parte y de la otra como se acostumbra en casos semejantes, y para seguridad se entregaron por rehenes personas principales moros y cristianos. Hecho esto y tomado este asiento en la forma susodicha, el Rey D. Alonso, alegre cuanto se puede pensar por ver concluida aquella empresa y ganada ciudad tan principal, acompañado de los suyos á manera de triunfador hizo su entrada. y se fué á apearse al Alcázar á 25 de mayo, dia de San Urban, Papa y mártir, el año que se contaba de nuestra salvación de 1085. Algunos de este cuento quitan dos años por escrituras antiguas y privilegios Reales, en que por aquel tiempo el Rey D. Alonso se llamaba Rey de Toledo. Lo cierto es que aquella ciudad estuvo en poder de moros por espacio como de trescientos y sesenta y nueve años, en que por

ser los moros poco curiosos en su manera de edificar y en todo género de primor, perdió mucho de su lustre y hermosura antigua. Las calles angostas y torcidas, los edificios y casas mal trazadas, hasta el mismo palacio Real era de tapiería, que estaba situado en la parte en pie al presente, un hospital muy principal que los años pasados se levantó y fundó á costa de D. Pedro Gonzalez de Mendoza, Cardenal de España, Arzobispo de Toledo. La mezquita mayor estaba en medio de la ciudad, en un sitio que va un poco cuesta abajo, de edificio por entonces ni grande ni hermoso: poco adelante la consagraron en Iglesia, y después desde los cimientos la labraron muy hermosa y muy ancha.

(Historia de España.)

D. ANTONIO SOLÍS.

Del Capítulo 19.

Describe el modo de guerrear de los indios de Tabasco, y la victoria que sobre ellos alcanzó **Hernán Cortés.**

Luego que amaneció dispuso (1) que oyese misa toda la gente; y encargando el gobierno de la infantería á Diego de Ordáz, montaron á caballo él y los demás capitanes, y empezaron su marcha al paso de la artillería, que caminaba con dificultad por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fuéronse acercando al parage donde, según las noticias de

(1) Hernán Cortés.

los prisioneros, se habia de juntar la gente del enemigo; y no hallaron persona de quien poder informarse, hasta que llegando cerca de un lugar que llamaban Cinthla, poco menos de una legua del cuartel, descubrieron á larga distancia un ejército de indios tan numeroso y tan dilatado que no se le hallaba el término con lo que alcanzaba la vista.

Describiremos cómo venian, y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demás ocasiones de esta conquista, por ser uno en casi todas las naciones de Nueva España el arte de la guerra. Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, ó correas torcidas de piel de venado; y en las flechas suplían la falta del yerro con puntas de hueso y espinas de pescados. Usaban también un género de dardos, que jugaban ó despedían segun la necesidad, y unas espadas largas, que esgrimían á dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerían, para formar el corte, agudos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puata de pedernal en los extremos, que encargaban á los más robustos: y habia indios pedreros, que revolvían y disparaban sus ondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas, de que usaban solamente los capitanes y personas de cuenta, eran colchados de algodón mal aplicados al pecho; petos y rodelas de tabla ó conchas de tortuga, guarnecidas con láminas del metal que alcanzaban; y en algunos era el oro lo que en nosotros el hierro. Los demás venían desnudos, y todos afeados con varias tintas y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro: gala militar de que usaban, creyendo que se hacían horribles á sus enemigos,

»

y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germania: por cuya costumbre, semejante á la de estos indios, dice Tácito, que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas. Ceñían las cabezas con unas como coronas, hechas de diversas plumas levantadas en alto: persuadidos también á que el penacho los hacia mayores y daba cuerpo á sus ejércitos. Tenían sus instrumentos y toques de guerra, con que se entendían y animaban en las ocasiones: flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos, y un género de cajas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo, hasta que respondiesen á la baqueta con el sonido: desapacible música, que debía de ajustarse con la desproporción de sus ánimos.

Formaban sus escuadrones amontonando más que distribuyendo la gente; y dejaban algunas tropas de reten que socorriesen á los que peligraban. Embestían con ferocidad espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo: costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos indios, sin reparar en que la tuvieron diferentes naciones de la antigüedad, y no la despreciaron los romanos; pues Julio César alaba los clamores de sus soldados culpando el silencio en los de Pompeyo; y Catón el Mayor, solía decir que debía más victorias á las voces que á las espadas: creyendo unos y otros que se formaba el grito del soldado en el aliento del corazón. No disputamos sobre el acierto de esta costumbre; solo decimos que no era tan bárbara en los indios que no tuviese algunos ejemplares. Componíanse aquellos ejércitos de la gente natural,

y diferentes tropas auxiliares de las provincias comarcanas, que acudían á sus confederados, conducidas por sus caciques, ó por algún indio principal de su parentela, y se dividían en compañías cuyos capitanes guiaban; pero apenas gobernaban su gente, porque en llegando la ocasión mandaba la ira, y á veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual impetu al acometimiento que á la fuga.

De este género era la milicia de los indios; y con este género de aparato se iba acercando poco á poco á nuestros españoles aquel ejército, ó aquella inundación de gente, que venía, al parecer, anegando la campaña. Reconoció Hernán Cortés la dificultad en que se hallaba, pero no desconfió del suceso, ántes animó con alegre semblante á sus soldados; y poniéndolos al abrigo de una eminencia que les guardaba las espaldas, y la artillería en sitio que pudiese hacer operación, se emboscó con sus quince caballos, alargándose entre la maleza, para salir de través cuando lo dictase la ocasión. Llegó el ejército de los indios á distancia proporcionada, y dando primero la carga de sus flechas, embistieron con el escuadrón de los españoles tan impetuosamente y tan de tropel, que no bastando los arcabuces y las ballestas á detenerlos, se llegó brevemente á las espadas. Era grande el extrago que se hacía en ellos: y la artillería, como venían tan cerrados, derribaba tropas enteras; pero estaban tan obstinados y tan en sí, que en pasando la bala se volvían á cerrar, y encubrían á su modo el daño que padecían, levantando el grito y arrojando al aire puñados de tierra, para que no se viesen los que caían, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Acudía Diego de Ordaz á todas partes, haciendo el oficio de capitán sin olvidar el de soldado; pero como eran tantos los enemigos, no se hacía poco en resistir: y ya se empezaba á conocer la desigualdad de las fuerzas, cuando Hernán Cortés, que no pudo acudir antes al socorro de los suyos por haber dado en unas acequias, salió á la campaña, y embistió con todo aquel ejército, rompiendo por lo más denso de los escuadrones, y haciéndose tanto lugar con sus caballos, que los indios heridos y atropellados cuidaban solo de apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratándolas ya como impedimento de su ligereza.

Conoció Diego de Ordaz que había llegado el socorro que esperaba, por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó á remolinar con la turbación que tenía á las espaldas; y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando á los que le oprimían con tanta resolución que los obligó á ceder, y fué ganando la tierra que perdían, hasta que llegó al paraje que tenían despejado Hernán Cortés y sus capitanes. Unieronse todos para hacer el último esfuerzo, y fué necesario alargar el paso, porque los indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dejaban de pelear á lo largo con las armas arrojadas: en cuya forma de apartarse, y escusar concertadamente el combate, perseveraron hasta que estrechándose el alcance, y viéndose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada.

(Historia de Nueva España.)

DEL PADRE MARIANA

Discurso de Pelayo á sus tropas.

«Conviene usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte, sobrepujemos á los contrarios con el esfuerzo. Cada cual de las ciudades tiene una pequeña guarnición de moros: los moradores y ciudadanos son nuestros, y todos los hombres valientes de España desean emplearse en nuestra ayuda. No habrá alguno que merezca nombre de cristiano, que no se venga luego á nuestro campo. Sólo entretengamos á los enemigos un poco, y con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazón, que esta es buena ocasión para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religión, por los hijos, mujeres, parientes y amados, que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros; y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir suspiros. Lo que hace al caso es aplicar algún remedio á la enfermedad, dar muestra de vuestra nobleza, y acordaos que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron é hicieron caer en tantos males; las

adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten. Direis que es cosa pesada acometer los peligros de la guerra: ¿cuánto más pesado es que los hijos y mujeres hechos esclavos sirvan á la deshonestidad de los enemigos? ¡Oh grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos. El amor de vuestras cosas particulares, y el deseo del sosiego por ventura os entretiene. Engañais os si pensais que los particulares se pueden conservar destruida y asolada la república: la fuerza desta llama á la manera que el fuego de unas casas pasa á otras, lo consumirá todo sin dejar cosa alguna en pié. ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza de esta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen ¿cómo podrá esta tierra estéril y menguada de todo sustentar tanta gente como se ha recojido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debeis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sinó los esforzados. A Dios, al cual tenemos irritado antes de ahora, y al presente creemos está aplacado, fácil cosa es y aun muy usada deshacer gruesos ejércitos con las armas de pocos. ¿Teneis por mejor conformaros con el estado presente, y por acertado servir al enemigo con condiciones tolerables? como si esta canalla infiel y desleal hiciese caso de concertos, ó de gente bárbara se puede esperar que será constante en sus promesas. ¿Pensais por ventura que tratamos con hombres crueles, y no antes

con bestias fieras y salvajes? Por lo que á mí toca, estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bién que muy grande por el bién común muy de buena gana; y en tanto que yo viviere, mosfrarme enemigo no más á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que relusare tomar las armas, y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinase de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan extrema afrenta y desventura La grandeza de los castigos para entender á los cobardes que no son los enemigos los que más deben temer.»

(Historia de España.)

R. P. MAESTRO FRAY ENRIQUE FLOREZ.

También es común deducir el nombre de *Burgos* de la lengua alemana con motivo de un caballero llamado *Nuño Belchides*, que dicen era Aleman, y vino en romería á Santiago de Galicia: y casó con una hija del Conde D. Diego, á quien el Rey D. Alfonso III. mandó poblar la Ciudad: y de aquí toman la ocasión de nombrar *Burgos* á la Ciudad, por llamarse así las aldeas en Aleman.

Yo quisiera que dieran pruebas de ser extranjero, y de Alemania, el expresado *Nuño*: pero ni las dan ni yo las he encontrado, ni otros que empezaron á dudarlo, desde Garibay lib. 19, cap. 5, y realmente el nombre de *Nuño* es todo nuestro, no Tudesco, Alemán, si de Colonia; y ya vimos que desde el tiempo de los Romanos, y de los Godos, era conocido y usado entre los Latinos el nombre

de Burgos Pudo pues ser usado acá, sin necesitar recurrir á Principe extranjero.

Poco después de poblarse la Ciudad de Burgos, nació en ella para eterna gloria suya, y honor de la cristiandad el esclarecido héroe *Fernan-González*, que si como fué principe en lo civil hubiera sido personage eclesiástico, nos diera copiosísimo asunto para formar un libro lleno de mil proezas. Ahora le mencionamos por honor de la patria, y por las muchas menciones que corren de su nombre aun en la línea Eclesiástica, pues fué insigne bienhechor y propagador de la Iglesia. La casa donde nació quedó bien señalada en Burgos donde hasta hoy se conserva el *Arco Triunfal*, que para eterna memoria erigió á su nombre la Ciudad con nueve pirámides en la forma que la estampa representa á la vista: y por cuanto la inscripción no cabe en tarjeta, la ponemos aquí:

FERNANDO GONSALVI CASTELE ASSERTORI. SUE
 .ETATIS PRESTANTISSIMO DUCI. MAGNORUM REGUM GENI
 TORI. SVO CIVI. IN TUS DOMVS AREA SVPTV PVBLICO AD ILLIVS
 NOMINIS. ET VIRIBUS GLORIE MEMORIA SEMPITERNAM

Después de éste produjo Burgos otro de los mayores Héroes del mundo, Rodrigo Diaz, llamado el CID, apellidado de *Bivar*, por ser Señor de *Bivar* lugar corto al Norte de Burgos, cosa de dos leguas. El nacimiento se pone en el año de 1026, el bautismo en la Parroquia de S. Martín: la casa conservó el nombre de *las Casas del Cid*, que el monasterio de Cardaña, su heredero, cedió á la Ciudad por un corto censo anual, como dice Berganza (*T. I. pag. 398*). La genealogía de estos dos esclarecidos Príncipes, conforme anda recibida,

queda puesta arriba en el cap. 7 título de *Castilla*. En el Tomo siguiente daremos su Retrato al hablar del Real monasterio de S. Pedro de Cardeña, que era sus delicias y tiene su venerable cuerpo.

(España Sagrada)

D. MANUEL JOSÉ QUINTANA.

El Cid.

En medio de semejante oscuridad se divisa un campeón, cuya fisonomía, ofuscada con los cuentos populares y la contrariedad de los autores, no puede determinarse exactamente, pero cuyas proporciones colosales se distinguen por entre las nieblas que le rodean. Este es Rodrigo Diaz, llamado comunmente *el Cid*, Campeador, objeto de inagotable admiración por el pueblo, y de eternas disputas entre los críticos; los cuales, desechando por fabulosas una parte de las hazañas que de él se encuentran, se ven precisados á reconocer por ciertas otras igualmente extraordinarias.

.
Nació en Burgos hácia la mitad del Siglo XI, de D. Diego Lainez, caballero de aquella ciudad, que contaba entre sus ascendientes, á D. Diego Porcelos, uno de sus pobladores y á Lain-Calvo, juez de Castilla. Reinaba entonces en esta provincia Fernando I, que reuniendo en su mano el dominio de León, Castilla y Galicia, fundó la preponderancia que después gozó la nación castellana sobre las demás de la Península. Este monarca tuvo

cinco hijos y á todos quiso dejarlos heredados en su muerte. Ni las desgracias sucedidas por igual división que hizo su padre, el rey de Navarra don Sancho el Mayor, ni las representaciones de cuantos hombres cuerdos había en su corte, pudieron moverle de su intento. El amor de padre lo venció todo; y por hacer reyes á sus hijos, labró la ruina de dos de ellos y sumió al Estado en los horrores de una guerra civil. Cupo en la partición Castilla á Sancho, León á Alfonso, y Galicia á Garcia, las dos infantas Urraca y Elvira quedaron heredadas, ésta con la ciudad y contornos de Toro, aquella con Zamora; y se dice que todos por mandado del padre juraron respetar esta división y ayudarse como hermanos. Vana diligencia, jamás respetada por la ambición, y nunca ménos que entonces; porque D. Sancho, superior en fuerzas, en valor y en pericia á sus hermanos, luego que murió su padre revolvió el pensamiento á despojarlos de su herencia y á ser el único sucesor en el imperio del rey difunto.

Era entonces muy joven Rodrigo Diaz (1065), huérfano de padre; y D. Sancho, por gratitud á los servicios que Diego Lainez habia hecho al Estado, tenia á su hijo en palacio y cuidaba de su educación. Esta educación seria toda militar, y los progresos que hizo fueron tales, que en la guerra de Aragón y en la batalla de Grados, donde el rey D. Ramiro fué vencido y muerto, no hubo guerrero alguno que se aventajase á Rodrigo. Por esto el Rey, que para honrarle le habia armado poco ántes caballero, le hizo alférez de sus tropas, que en aquellos tiempos era el primer grado de la milicia al modo que después lo fué la dignidad de Condestable.

Desembarazado Sancho de las guerras extrañas, volvió su pensamiento á la civil que tal puede llamarse la que hizo al instante á sus hermanos. Los historiadores están discordes sobre á quien de ellos embistió primero; mas la probabilidad está por la opinión comun, que designa á D. Alfonso como la primera victima. Sus estados lindaban con los de Sancho, y no es creible que este quisiese atacar ántes al más lejano. La lucha no podia durar mucho tiempo entre dos concurrentes tan desiguales. El rey de Castilla, ardiente, esforzado, feroz, con un poder mucho más grande, con una destreza militar superior á la de todos los generales de su tiempo, debía arrollar fácilmente al de León, mucho más débil, muy jóven y todavia falto de práctica en las cosas de la guerra. Mas no por eso este príncipe se dejó arruinar en estrago y peligro de sus contrarios. Vencido en las primeras batallas, toma fuerzas de su situación desesperada, junta nuevo ejército, y vuelve á encontrar á su hermano cerca de Carrión. Su ímpetu fué tal, que los castellanos rotos y vencidos, abandonaron el campo de batalla y se encomendaron á la fuga. Rodrigo en este desastre, léjos de perder el ánimo, aconseja al Rey que, reuniendo sus tropas dispersas acometa aquella misma noche á sus vencedores.—«Ellos, le dijo, se abandonarán al sueño con el regocijo de la victoria: y su confianza va á destruirlos.» Hecho así, los castellanos puestos en orden por Rodrigo y el Rey, dan con el alba sobre sus contrarios, que descuidados y dormidos, no aciertan á ofender ni á defenderse y se dejan matar y aprisionar. Alfonso huyendo se refugia á la iglesia de Carrión, donde cae en manos del vencedor, que le obliga á renunciar el

reino y salir desterrado á Toledo, entonces poseída de los moros.

.....
 Tal es la série de acciones que la historia asigna á este caudillo, entre la muchedumbre de fábulas que la ignorancia añadió despues. Todas son guerreras, y su exposición sencilla basta á sorprender la imaginación, que apenas puede concebir quien era este brazo de hierro que arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamás se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos Estados, azote terrible de otros, eclipsó la magestad de los reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates, un númen tutelar que, adonde quiera que acudiese, llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador*, *mio Cid*, *el que en buen hora nació*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros, como una muestra de respeto que sus contemporáneos le tenían, del honor y ventura que en él se imaginaban.

(Vidas de los españoles célebres.)

DE D. MODESTO DE LA FUENTE.

Retrato de Fernando III. (el Santo) de Castilla.

Fernando, mancebo de diez y siete años cuando fué llamado á suceder á otro monarca tan joven como él, y á regir una monarquía agitada por las ambiciones y perturbada por las parcialidades, te-

niendo que hacer frente á magnates turbulentos, codiciosos y osados, y que contrarrestar la envidia y el enojo y resistir los ataques de un padre, poseedor entonces de un reino más vasto y dilatado que el suyo, comienza á desplegar en su edad juvenil aquella prudencia precoz, aquellas prendas de príncipe que le auguraban gran soberano cuando alcanzara edad más madura: y aplacando al rey de León, sometiendo y escarmentando á los soberbios Laras, previniendo ó frustrando las pretensiones y tentativas de otros díscolos é indóviles señores, deshace las maquinaciones, conjura las tormentas, reprime el espíritu de rebelión, y vuelve la paz y el sosiego á un reino que encontró conmovido y despedazado. Pero Fernando tenía á su lado un genio benéfico, un ángel tutelar que le conducía y guiaba y era su Mentor en los casos árdulos y en las situaciones difíciles. Este Mentor, este ángel, este genio, era una mujer, era una madre, era la reina doña Berenguela, modelo de princesas, tipo de discreción y gloria de Castilla.

(Historia general de España)

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

Capítulo 26.

Batalla de los Castillejos.

Ceuta 1.º de Enero de 1860.—A las once de la noche.

¡Qué día!—¿Cuándo, dónde, cómo principió?—Yo no lo recuerdo.... Una nube de sangre y fuego envuelve todavía mi alma. La embriaguez del horror y del entusiasmo embarga aun mi corazón.

Necesito hacerme luz en tanto caos. Ahora nada veo, nada oigo, nada distingo, sino el conjunto desordenado de la batalla, el estampido de un millón de tiros, el cúmulo de los muertos, los arroyos de sangre, los torbellinos de humo, el volar de los caballos, el relucir de las armas, los gritos del dolor y de la cólera, y sobre esta confusión, sobre este infierno, siempre la misma atmósfera inflamada, el mismo sol ardiente, la misma luz abrasadora.

Muchas horas hace que espiró en el ocaso la última lumbre de ese día y yo la veo brillar aun, y me quema las pupilas, y enciende la sangre de mis venas. Algunas leguas me separan ya del teatro del combate: estoy solo, en una sosegada casa de Centa, rodeado de paz y de silencio, y aun creo encontrarme allí, en aquel valle, sobre aquella montaña; y oigo el estruendo de la pólvora, y el silbido de las balas, y las voces de mando, y el rodar de la artillería, y los golpes del pico y de la pala, y el bárbaro concento de tanta furia, de tanta destrucción, de tanto estrago.

.

En cuantiosa multitud, por consiguiente, y en grupos más numerosos y apretados que acostumbra, aparecieron los tenaces marroquíes en lo alto de la primera y más próxima de las tres lomas consecutivas que, según te he dicho, se levantan en frente del *moralbito*; y aunque desde allí alcanzaban á nuestras tropas con sus certeras espingardas, era tal la confianza que les inspiraba hoy la superioridad de sus posiciones y de su número (hoy podían contarnos) que se descolgaron sobre la llanura, atacándonos frente á frente y á

enerpo descubierto, dando unos gritos espantosos y blandiendo sus armas como débiles juncos.

Nuestra infantería, ¿quién lo duda? salió al encuentro de aquella impetuosa catarata, que parecía querer inundar al valle; en tanto que los dos escuadrones de húsares de la Princesa se adelantaron á contener á la caballería africana que desembocaba al mismo tiempo por la cañada de la izquierda tratando de recobrar la llanura.

Mandaban á los húsares los comandantes don Juan Aldama y marqués de Fuente-Pelayo. Eran dos bizarros escuadrones, compuestos de soldados escogidos por su valor y gallardía, y de una distinguida oficialidad en que figuraban todas las aristocracias, la del valor, la de la fortuna, la del talento y la del apellido. Yo les habia visto algunos dias antes intentar en esta misma llanura la temeraria empresa que han acometido hoy: yo les ví en correcta formación, rigiendo sus caballos con una admirable uniformidad, avanzar contra la caballería árabe, que ya tenia meditada la alevosía que, por último, ha perpetrado; y yo creo verles también recoger esta mañana el guante que arrojaron á la mitad del llano los ginetes marroquies, y atacarles de frente, y perseguirles en su simulada fuga y desaparecer detrás de ellos por la tremenda garganta cuyo término desconocian

Alla van con sus blancos dormanes con sus briosos trotones, con sus brillantes espadas. - La infantería mora, que ya asomaba por aquella formidable angostura, es atropellada, acuchillada al paso, puesta en dispersión.....Pero los húsares no se detienen á rematarla.—Los caballeros árabes siguen huyendo, cada vez más cerca y como estenuados de fatiga.....—¡Estos, estos son los adversarios que

buscan y con los que quieren medir sus armas! Ya los tienen cerca....ya esperan alcanzarlos....

En aquel momento, —y al torcer un rodeo de la cañada,—encuéntanse sin enemigos delante de sí. Los árabes se han desvanecido como el humo.

En cambio, ven blanquear á poca distancia un numeroso y apiñado campamento, todo de tiendas cónicas, encerrado en una especie de hoyo que forman cuatro montañas confluentes. ¡Es el campamento musulmán, el cubil de los lobos, el nido de las águilas!

Esta inesperada aparición les suspende un punto. ¡*El campamento moro!* exclaman llenos de glorioso júbilo y de mayor denuedo; ¡adelante! ¡adelante! resuena á todo lo largo de las filas; y espolean sus ardorosos brutos y abanzan con sin igual arrojo, sin pensar en lo que allí pueda sucederles, ni recordar que detrás de ellos dejan mil enemigos emboscados.

Pero, de pronto, la tierra falta bajo sus pies: húndense caballos y caballeros en profundas zanjias, cubiertas de ramas y de yerbas: un ginete rueda sobre otro, y sobre aquél un tercero: fórmanse pilas de miembros palpitantes, que sirven como de puente á los que vienen detrás, y que no pueden contenerse en su desbocada marcha, por empujarles y precipitarles los que le siguen: mas los que logran salvar una de aquellas cortaduras, caen en otra inmediata, y si no en la tercera; pues son tres los fosos simulados que defienden el paso á los imprudentes húsares. Al mismo tiempo estalla sobre ellos una tempestad de tiros: por los dos lados, por la espalda, por arriba, por todas partes les hacen fuego: detrás de cada árbol y de cada piedra reluce una espin-

guarda ó se vé una nube de humo: una gritería salvaje acompaña á los disparos, como diciendo á nuestros compatriotas que están burlados, que están perdidos sin remedio. Estos bárbaros gritos, esta sangrienta mofa enardece aun más á los desamparados húsares; salen, pues, á duras penas, de los fosos, ayudándose, protegiéndose, sosteniéndose como tiernísimos hermanos; y en tanto que unos escoltan y defienden la retirada de los heridos y contusos, llevando los cadáveres sobre el harzón de sus caballos, otros cargan furiosamente á la morisma, acometiéndola por todas partes, revolviéndose entre ella, sembrando la muerte donde quiera que alcanzan sus aceros, y abriéndose camino hasta la llanura de los Castillejos por entre una densa nube de enemigos, y señalando las huellas de sus pasos con vil sangre sarracena.

¡Ni es esto todo! — Entre aquellos doscientos leones acosados, hubo algunos tan temerarios y resueltos á morir, que en lugar de emprender una retirada honrosa, en vista del asesinato aleve de que eran víctimas, siguieron avanzando hacia el campamento enemigo, penetraron en él, batiéronse allí á pistoletazos y cuchilladas, apoderáronse de una bandera, y volvieron á recorrer aquel pavoroso desfiladero, bajo un diluvio de balas, saltando los tres fosos milagrosamente, rescatando aun á algunos de sus camaradas, desnudo ya y en poder de los inhumanos marroquíes, y saliendo, por último, al anchuroso valle, mermados, sí, pero no vencidos, con la palma del martirio en una mano y con la palma de la victoria en la otra.

En este heroico hecho de armas fueron heridos los comandantes de los dos escuadrones, muertos

dos oficiales y heridos casi todos los demás; ocho húsares exhalaban también su último aliento en aquel campo de honor y más de treinta lo regaron con su sangre. Pero á todos, cualquiera que haya sido su fortuna en tan memorable lid, cabe la misma preñ y corresponde igual alabanza; pues todos pelearon como buenos y merecieron bien de la pátria agradecida.

• • • • •
 Esta ha sido la memorable batalla de los Castillejos, ganada por menos de ocho mil españoles contra todo el ejército marroquí, compuesto hoy de mas de treinta mil combatientes.

Ha durado de sol á sol y en ella han tomado parte muy gloriosa todas nuestras armas; la artillería, la infantería, la caballería, los ingenieros, hasta la marina, peleando, no solo desde la mar, sino tambien en tierra. El enemigo ha empleado tambien todos sus medios de destrucción: su renombrada caballería, sus tropas de rey, sus kábilas montaraces y hasta cañones de montaña. Hemos arrebatado á los moros una legua de terreno y todas las posiciones en que se han presentado: hemos penetrado en su campamento y obligádoles á levantarlo; les hemos cojido sus muertos y algunos prisioneros, y finalmente, nos hemos apoderado de una de sus banderas, dando muerte al que la conducía, — por lo que la historia escribirá en letras de oro el nombre de Pedro Mur, soldado de húsares de la Princesa, que ha tenido la gloria de realizar tan grande hazaña.

Hay además en el combate de hoy una rara circunstancia que hacer valer; y es que su brillante éxito se ha debido, sobre todo, al valor personal de los generales. Ellos han sido nuestra